

# La interpretación del patrimonio como herramienta para la conversión del recurso patrimonial en producto turístico cultural. Reflexiones y propuestas

Nuria Blaya Estrada  
Florida Universitaria  
Valencia, España

Antes de comenzar a exponer los contenidos de la presente comunicación, quisiera expresar mi satisfacción, espero que compartida, por el hecho de poder participar en un foro de discusión compuesto mayoritariamente por profesionales vinculados con la historia del arte, en el que se da cabida a cuestiones relacionadas con el patrimonio y sobre todo con el turismo cultural. Y dicha satisfacción no deriva de una actitud corporativista, ni va a traducirse, ya lo advierto, en una reivindicación del papel de los historiadores en ese fenómeno que parece haberse reinventado en los últimos años y que se revela como uno de los más importantes yacimientos de empleo. Creo desde la honestidad, y este es uno de los primeros puntos en los que quisiera insistir, que el paso previo a dicha reivindicación debe ser otra, la de una reorientación académica que asegure la capacidad de los futuros profesionales a la hora de participar en un mundo tan complejo como el del turismo, para el que se requieren habilidades en algunas materias que todavía no tienen en los planes de estudio el protagonismo que en mi opinión merecen. Y una de las grandes asignaturas pendientes, nunca mejor dicho, es la interpretación del patrimonio, una disciplina que puede convertirse en una eficaz herramienta de gestión y difusión cultural y a cuyo significado y trascendencia vamos a tratar de acercarnos. No sin antes hacer una reflexión previa, y creo que obligada, acerca de esa distancia que todavía existe entre el mundo académico y el mundo real.

## Formación y profesionalización. La situación actual

Un planteamiento similar al que expongo en estas líneas introductorias ya lo expresé recientemente en el curso “Una discusión abierta. Gestión de Patrimonio Cultural”<sup>1</sup> que tuvo lugar en la ciudad de Ávila el pasado mes de Mayo, aunque en este caso, al analizar la falta de adecuación entre los planes de estudio y las demandas sociales y laborales, me centraba más en el caso concreto de los profesionales del turismo. Como docente de la asignatura de Patrimonio Cultural en la Diplomatura de Turismo, vengo detectando algunos problemas que dificultan la adaptación de los futuros profesionales a ese nuevo y aparentemente alentador panorama que se abre ante ellos a partir del auge que en los últimos años ha adquirido el turismo cultural. Por una parte, se hace evidente la necesidad de una

---

<sup>1</sup> Blaya Estrada, Nuria (2004): “Turismo e interpretación del Patrimonio. Una reflexión acerca de la necesidad de formar y ubicar profesionales”, en *Una discusión abierta. Gestión de Patrimonio Cultural* (en prensa).

sólida formación en temas de patrimonio, materia que tiene todavía un escaso protagonismo en la diplomatura, pues a pesar de ser troncal y tener un elevado número de créditos, es el primer y único contacto que los futuros diplomados establecen con un tema tan estrechamente vinculado en la actualidad al turismo cultural. Sin olvidar el estado embrionario de la investigación y el hecho de que, por razones académicas, las tesis, programas de doctorado y proyectos de Investigación y Desarrollo, están vinculados a departamentos de otras licenciaturas a la espera de la de turismo.<sup>2</sup> Y finalmente, su salida al mundo laboral en la que deben competir en lo que se supone es su ámbito de especialización, con profesionales de otras disciplinas que tienen, sin embargo, un mayor reconocimiento académico. Pero ese reconocimiento, como hemos visto, tampoco proporciona a quien lo posee, en este caso a los historiadores del arte, las habilidades requeridas a la hora de acceder a ese hipotético yacimiento de empleo en el que todavía quedan muchas cosas por delimitar. Desde el Máster de Conservación y Gestión del Patrimonio Cultural de la Universitat de València, y el Postgrado en Interpretación del Patrimonio Cultural y Natural que ofrece Florida Universitaria tratamos de cubrir esas carencias formativas y preparar y adaptar a los profesionales a las demandas reales del mundo laboral. Pero este problema necesita, como decía, una revisión desde su base.

No sé si es éste el lugar o el momento para indagar en las causas de la falta de adecuación entre la formación y el mundo real, pero creo que estoy en el foro adecuado para expresar algo que considero casi una declaración de principios y que recoge las inquietudes de muchos profesionales interesados por la interpretación de patrimonio. Somos muchos los que creemos que ya es hora de reconciliar dos términos estrechamente vinculados con el “espíritu universitario” y que, en ocasiones, inexplicablemente, aparecen como antagónicos: investigación y divulgación. Para divulgar la historia, el arte, la cultura, es requisito indispensable un profundo conocimiento de aquello que trata de hacerse comprensible, y por tanto la investigación y los conocimientos teóricos son también imprescindibles. Pero ya va siendo hora que nos despojemos de esa actitud trasnochada que parece restar cuando no negar valor científico a cualquier trabajo, cuando su objetivo último es canalizar hacia la sociedad y el público en general los resultados de la investigación. Sólo así conseguiremos infundir a nuestros alumnos y futuros profesionales la idea de que aquello que les enseñamos conforma algo más que “una preciosa carrera sin salida”, contribuiremos a la definitiva y tan deseada profesionalización y con ello finalmente a su posicionamiento en el mundo laboral. Y lo más importante, lo que considero y siempre he considerado como objetivo a alcanzar: con esta actitud sentaremos las bases para conciliar investigación y divulgación, y para que la “investigación en divulgación” deje de ser una paradoja y cobre el valor que debería tener en una sociedad moderna, culta y progresista.

Acercar al patrimonio a la sociedad y con ello orientar la demanda hacia los productos culturales, no es tarea fácil ni que pueda improvisarse. No significa

---

<sup>2</sup> Para un análisis más profundo de la situación véase Bonet Agustí, L. (2002): “La formación e Investigación en turismo cultural en España”, en *I Congreso Internacional de Turismo Cultural*. Salamanca.

devaluar la cultura para abarcar un sector más amplio del mercado, banalizar los productos hasta hacerlos atractivos al gran público. Se trata, y ahí reside la dificultad de la auténtica divulgación, de utilizar todas las herramientas a nuestro alcance para despertar dicho interés, para hacer sencillo lo complejo sin renunciar al rigor, para acercar la cultura a la sociedad y con ello, progresivamente, lograr que sea la sociedad la que se acerque a la cultura. Y éste es el momento de proponer, como medio de propiciar tan ambicioso objetivo, la investigación y la aplicación de una disciplina por la que se vienen interesando un número cada vez mayor de profesionales cuya actividad se vincula directa o indirectamente con el turismo cultural, y que puede convertirse en un eficaz instrumento a la hora de convertir los recursos patrimoniales en productos turísticos culturales y propiciar ese encuentro entre sociedad y cultura al que nos venimos refiriendo: la interpretación del patrimonio<sup>3</sup>.

### **Del recurso al producto. Interpretación y planificación**

Cuando uno se enfrenta por vez primera al término interpretación y trata de comprender cuál es el ámbito de acción y la finalidad de esta disciplina, todo parece muy sencillo. La lógica y el sentido común nos permiten comprender lo que exponen libros, artículos, proyectos y tesis doctorales, aunque, hoy por hoy, está comprensión se torna más dificultosa, si no sabemos otros idiomas. Incluso la definición más aceptada, aquella propuesta por la Asociación para la Interpretación del Patrimonio en España, parece excesivamente sencilla para explicar un arte tan complejo. “La interpretación del patrimonio es el arte de revelar in situ el significado del legado natural, cultural o histórico, al público que visita esos lugares en su tiempo libre”. Todo sigue pareciendo sencillo. Si tenemos el recurso y el público, solo queda añadir la información básica con los aspectos esenciales del lugar y ya tenemos interpretación y con ello producto turístico cultural. Esta afirmación, plagada de errores e imprudencias, es la que podría explicar el fracaso de numerosos proyectos culturales que tenían entre sus objetivos la dinamización turística y se estructuraban hipotéticamente a partir de la interpretación de patrimonio. Proyectos a los que curiosamente se refieren todavía hoy sus promotores con orgullo, que los políticos suman a sus listas de éxitos, y a los que por inercia los medios de comunicación alaban por el simple hecho de existir, sin reparar que, en muchos casos, se trata de oportunidades perdidas, de proyectos improvisados que aprovechan un propicio y fugaz momento, como la inminencia de un evento cultural o político y que no contemplan la necesidad de invertir esfuerzos en una buena planificación. En el mejor de los casos, este tipo de productos perduran en el tiempo y justifican su existencia posterior con las cifras de visitantes que logran conseguir fidelizando a colegios, colectivos y asociaciones, cifras que, pese al fracaso de sus auténticos objetivos, permiten seguir hablando de “éxito de gestión”. Afortunadamente, este tipo de proyectos en los que se construye la casa

---

<sup>3</sup> Molina, Patricia Laura (2003): “Turismo Cultural. Una experiencia turística cultural existe cuando el producto turístico se concibe con un enfoque interpretativo”, en *II Congreso Internacional de Turismo Cultural Naya* (<http://www.naya.org.ar/turismo/congreso2003/ponencias/> Patricia\_Laura\_Molina.htm)

por el tejado no constituyen la mayoría, pero es preciso advertir de su existencia y proponerlos como ejemplo de lo que no hay que hacer y sobre todo de una nefasta por inexistente planificación. Aunque la dinamización turística estuviera en sus pretensiones, no suelen ser proyectos realmente vinculados al turismo cultural ni a la difusión de la cultura, sino letreros luminosos que acaban por apagarse y de cuya escasa rentabilidad la sociedad debería comenzar a pedir cuentas, sobre todo cuando se trata de dinero público. Y es que en estos casos (dato curioso) hay una mayor permisividad con las cifras a la hora de evaluar la rentabilidad económica, y la rentabilidad social, en ocasiones, ni siquiera es evaluada (dato más curioso si cabe).

Pero el turismo es otra cosa, y los proyectos a él vinculados no suelen resistir esa permisividad ante las cifras económicas y de frecuentación. La puesta en marcha de cualquier iniciativa en este ámbito lleva implícita una serie de inversiones y unas repercusiones directas e indirectas sobre el medio, sobre la población local y sobre los visitantes, y por tanto, el paso previo e ineludible es una adecuada planificación que prevea la viabilidad y sostenibilidad del proyecto. Este planteamiento parece incuestionable cuando nos referimos a un turismo de sol y playa, negocios, ocio, etc., pero cuando nos planteamos proyectos vinculados al turismo cultural basado en la interpretación del patrimonio, tendemos a obviar la importancia de la planificación, y el resultado de esta falta de previsión suele ser un hipotético destino turístico cultural en el que pueden contarse por decenas unos también hipotéticos productos culturales que no acaban de cuajar como productos turísticos. Recursos/productos que necesitan de un hilo conductor que los convierta en parte integrante de una oferta cultural rica y variada, que permita disfrutar de una experiencia única y diferenciada tanto al turista que visita el lugar atraído por la cultura como al gran público; y ese hilo conductor, que descubrirá al patrimonio, lo mostrará como algo compatible con el ocio y generará un interés por la cultura, nos lo proporciona la interpretación del patrimonio.

Como antes apuntábamos, no basta con añadir información a un recurso para interpretarlo. La información es, simplemente, información, identificación, orientación, ubicación. Revelar al público el sentido y el significado de un lugar, insertarlo dentro de una historia, de un argumento que se convierta en el hilo conductor de todo el discurso interpretativo, hacer que sea ameno y atractivo y que conecte adecuadamente los recursos y productos culturales, eso, que sí es interpretación, es algo muy serio, puede tener una gran trascendencia social y cultural y por ello también debe ser debidamente planificado.

La situación ideal, aquella de la que deberían partir todos los proyectos, es la que permite proponer a priori la planificación interpretativa, es decir, que sea el paso previo al planteamiento de cualquier iniciativa. En primer lugar, debería valorarse la necesidad y viabilidad de plantear un proyecto interpretativo, los resultados previsibles en cuanto a la mejora de la gestión y difusión del patrimonio a interpretar, y posteriormente se daría paso al plan de interpretación. Siguiendo casi

textualmente, cómo no, a Jorge Morales Miranda<sup>4</sup>, en este paso se contemplarían la formulación de objetivos, el análisis del recurso y sus potencialidades, de los hipotéticos usuarios, la definición de los mensajes a transmitir, de los medios de interpretación, los equipamientos y servicios interpretativos necesarios, las recomendaciones para la ejecución de los programas en cuanto a personal y obras, y las sugerencias para evaluar la efectividad, y con todo, tendríamos planteado un plan de interpretación

Cada uno de los pasos mencionados tiene una gran trascendencia a la hora de garantizar el éxito del proyecto, pues, por muy adecuada que sea la propuesta interpretativa, su ejecución no será rentable ni sostenible sin una análisis previo y muy realista de los recursos culturales, humanos y financieros, de la demanda, sin una previsión del sistema de gestión, explotación, mantenimiento y conservación y una adecuada estrategia de promoción y marketing. Pero debemos también ser conscientes de que el paso más importante y decisivo a la hora de plantear una interpretación amena, atractiva y de calidad, es decir, auténtica interpretación, es aquel en el que se definen los temas y argumentos de los que se partirá a la hora de estructurar los conocimientos y de precisar el hilo o los hilos conductores que articularán los recorridos, itinerarios, visitas, y, por supuesto, la oferta complementaria.<sup>5</sup> En ocasiones son los propios recursos los que nos dan la señal, de manera más o menos evidente, y tienen suficiente entidad por sí mismos como para convertirse en el punto focal de la interpretación, creando diversos centros de interés, diversas historias, que pueden conformar un itinerario sin que sea estrictamente necesario buscar un nexo de unión entre ellos que vaya más allá de su vinculación con lo local. Pero, aunque no siempre sea necesario, no podemos dejar de advertir que un enfoque temático a la hora de establecer el hilo conductor, los vínculos entre los recursos y la metodología interpretativa tras un exhaustivo análisis de dichos recursos, ofrece la oportunidad de organizar la interpretación de manera ordenada, jerárquica, y dicho enfoque además permite al visitante comprender el lugar con mayor facilidad, de manera más atractiva y desde luego más productiva, ya que le permitirá obtener lo que se conoce como “información exportable”, aquella que puede utilizar una vez abandonado el lugar.

Con todo, los itinerarios temáticos requieren también una minuciosa planificación, y por esta razón es imprescindible la cualificación por parte de quien los diseña a la hora de seleccionar los recursos, detectar sus potencialidades, establecer el argumento principal que convierta a un conjunto de recursos en un itinerario y definir la experiencia y el mensaje que el visitante debe llevarse consigo. Y no menos preparado y cualificado deberá estar el profesional que lleve a cabo posteriormente la difícil tarea de transmitir al público ese mensaje establecido, el

---

<sup>4</sup>Morales Miranda, Jorge (1998): “La Interpretación de Patrimonio Natural y Cultural: todo un camino por recorrer” en *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, nº 25, p. 4. Véase del mismo autor, el primer manual en español sobre esta disciplina: *id*, (1998): *Guía práctica para la interpretación del patrimonio. El arte de acercar el legado natural o cultural al público visitante*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.

<sup>5</sup> Parkin Ian, (2004): “La planificación es esencial para una interpretación de calidad” en *Boletín de Interpretación*, nº 10, p. 21-23. (<http://www.interpretaciondelpatrimonio.com/docs/pdf/boletin-10.pdf>)

significado del lugar objeto de la visita y transformarla en toda una experiencia que puede tener además una repercusión directa en su valoración del lugar, del patrimonio, y en su motivación futura por el consumo de productos culturales.

### **El intérprete de patrimonio**

La interpretación, como venimos apuntando, es una disciplina relativamente reciente en nuestro país, pues, aunque mucho se está teorizando sobre la misma, pocos son, todavía, los proyectos que parten de ella en su concepción y desarrollo, y que no se limitan a proponerla como actividad complementaria. Pero, aunque sea desde la teoría, el término comienza a ser familiar en los ámbitos relacionados con el patrimonio y el turismo cultural, y, como hemos visto, existen ya definiciones y matices que nos permiten comprender en qué consiste y en qué se diferencia de otros conceptos más generales como información, divulgación o difusión (sin olvidar con ello que interpretando también se informa, divulga y difunde). El problema, en cuanto a definiciones y matices, viene cuando abordamos uno de los aspectos que por otra parte tienen una mayor trascendencia en el resultado final, en la calidad de la interpretación, en el disfrute de la vivencia derivada del acercamiento al patrimonio. Y este aspecto no es otro que el factor humano. El patrimonio, para ser correctamente interpretado, necesita de profesionales debidamente formados que, como ya hemos apuntado, participen en el proceso de planificación y/o trasladen al público los resultados de dicho proceso.

El intérprete de patrimonio es, y advierto que esto no trata de ser una definición sino una afirmación, aquel que media entre lugar y visitante, revelando los significados que ayuden a una mejor comprensión, que ofrezcan la posibilidad de convertir la visita en una vivencia que a la larga contribuirá a propiciar el encuentro entre patrimonio y sociedad. Y puede hacerlo, como hemos señalado, diseñando y planificando los temas, itinerarios, infraestructuras, etc., o guiando directamente al público in situ en ese recorrido de descubrimientos que debe convertirse cualquier experiencia concebida a partir de la interpretación. Y en este punto, en el que se refiere a la figura del guía intérprete, es donde debemos detenernos para matizar algunas cuestiones que urge revisar antes de plantear cualquier tipo de iniciativa.

En primer lugar cabe preguntarse, aunque es una cuestión casi resuelta en el párrafo anterior, cuáles son las habilidades o la cualificación requerida que nos permita referirnos a un profesional como “intérprete de patrimonio”. La respuesta no parece complicada. Basándonos en la definición de la Asociación para la Interpretación del Patrimonio en España, a la que nos hemos referido con anterioridad, el intérprete será el que propicie la interpretación, es decir el que planifique y/o utilice adecuadamente las herramientas que permitan “revelar in situ el significado del legado natural, cultural o histórico, al público que visita esos lugares en su tiempo libre”. Podría por tanto ser intérprete el arqueólogo que participara con sus propuestas en un plan de interpretación con el fin de poner en valor un yacimiento, el historiador del arte que pusiera sus conocimientos al servicio de la interpretación y contribuyera a la elaboración de itinerarios que permitieran de

forma amena a los visitantes acercarse y comprender el patrimonio artístico de un lugar, el biólogo o el geógrafo que hiciera lo propio con el patrimonio natural, y, cómo no, los guías turísticos que, formados en diversas disciplinas, fueran capaces de diseñar y ejecutar actividades que propiciaran un encuentro real y diferente entre visitante y patrimonio y lo convirtieran en una experiencia única y enriquecedora.<sup>6</sup> Es el hecho de utilizar la interpretación como herramienta de gestión y difusión del patrimonio lo que convierte al arqueólogo, al historiador, al geógrafo, al biólogo, y al guía de turismo en intérprete de patrimonio, pero es preciso advertir que ser intérprete, y mucho más, ser un buen intérprete, no es sólo una cuestión de buenas intenciones ni una declaración de las mismas. No basta con leer un par de libros sobre el tema, asistir a unas jornadas, y sentirse con el derecho por ello de añadir la etiqueta de “interpretativa” a cualquier propuesta o acción planteada o emprendida en el ámbito de la gestión y difusión del patrimonio. La interpretación es una disciplina que requiere en primer lugar el reconocimiento como tal, la formación de los profesionales que tengan la intención de aplicarla en sus respectivos ámbitos de trabajo, y ambas premisas requieren a su vez de una tercera que es la que permitirá dignificar y cualificar a dichos profesionales: el reconocimiento académico. Hasta la fecha, los estudios de postgrado en interpretación de patrimonio que ofrecen algunas universidades, entre las que se cuenta Florida Universitaria, son la única alternativa para aquellos estudiantes o profesionales que quieran completar su formación y orientar su actividad profesional hacia la interpretación, una disciplina que a pesar de tener una gran trascendencia en la difusión cultural, ni siquiera aparece mencionada, salvo rarísimas excepciones, en los planes de estudio de aquellas carreras vinculadas de manera directa o indirecta al turismo y al patrimonio cultural.<sup>7</sup>

Otro problema detectado, que urge revisar y que puede tener consecuencias nada deseables para el turismo, es la situación, no generalizada, pero lo suficientemente denunciada como para que la consideremos significativa, de los guías de turismo. Ahondar en la raíz del problema es delicado y difícil, pues este colectivo padece una serie de problemas como el intrusismo, la inestabilidad profesional, la dificultad para adquirir una adecuada formación, y, sobre todo, la falta de reconocimiento hacia una profesión que requiere, ante todo, vocación y cualificación. Estas dos cualidades son imprescindibles para ser un buen guía, un buen intérprete del patrimonio cultural, pero, sin embargo, para ser simplemente guía, sólo es necesario conocer otros idiomas, pasar un examen y con ello obtener el carné de “guía oficial” que acredita a quien lo posee, y, en ocasiones, sólo a quien lo posee, a acompañar a los visitantes, mostrando, explicando y en el mejor de los casos interpretando el patrimonio cultural o natural del lugar. Está claro que buenos y malos profesionales los encontramos en todas las especialidades, y que una titulación, por sí sola, no garantizaría que el que la poseyera realizase en un futuro adecuadamente su trabajo, y esto puede hacerse extensivo a médicos, fontaneros,

---

<sup>6</sup> Morales Miranda Jorge (1999): “¿Qué somos?” en *Boletín de Interpretación*, nº 2, p. 6-7. (<http://www.interpretaciondelpatrimonio.com/docs/pdf/boletin-2.pdf>).

<sup>7</sup> Vidal Casellas, Dolors (1999): “La formació del guia turístic”, en Núria Galí i Joaquim Majó (eds) *El guiatge turístic*, Escola Oficial de Turisme de Catalunya, Girona, p. 95-102

mecánicos o profesores. Pero en los casos mencionados, al menos, a los futuros profesionales se les ha ofrecido una formación que les permita desarrollar una serie de destrezas y habilidades que en el futuro tendrán la posibilidad de poner en práctica, y que se consideran lo suficientemente importantes como para elaborar en torno a ellas un plan de estudios. El guía de turismo, al que no se le exige una titulación concreta, no se le ofrece, por tanto, formación específica al menos de manera oficial, y esto, junto con la inestabilidad profesional anteriormente mencionada, no supone, desde luego, un reconocimiento en cuanto a la cualificación para este tipo de trabajo. El resultado, como apuntamos, no es nada favorable para el futuro del turismo cultural, pues la puesta en práctica de proyectos interpretativos en contacto directo con el público resulta en ocasiones difícil cuando no imposible. Los guías oficiales, y no trato de generalizar porque entre ellos se encuentran algunos de los grandes defensores de la interpretación, en algunos casos no están, por la situación apuntada, lo suficientemente motivados como para emprender un reciclaje profesional, y ven con lógico recelo, que profesionales de otras disciplinas planteen nuevas iniciativas en un terreno que hasta la fecha consideraban suyo y exclusivo. Y estos profesionales que, procedentes de otros ámbitos tratan de completar su formación para acercarse al patrimonio desde la interpretación, cuando llega el momento de poner en práctica dichas iniciativas, y más si requieren contacto directo con turistas y visitantes, se encuentran con los obstáculos legales y con las acusaciones de intrusismo profesional. Ese hipotético intérprete que no puede interpretar, conoce a la perfección el patrimonio, se ha formado para ser capaz de planificar el proceso interpretativo y de transmitir y comunicar al público los mensajes de dicho patrimonio, revelar su significado, comunicar, convertir la visita al lugar en una vivencia, pero... si no tiene el carné oficial o todo ese proceso de interpretación y comunicación sólo sabe hacerlo así de bien en su lengua materna, no tiene nada que hacer si a lo que aspira es a tener un reconocimiento profesional. Siempre está el recurso de quedarse sentado a planificar, a crear lo que otra persona, reconocida por la administración hará por él, pero si existe en este profesional vocación de comunicador e interés por difundir y divulgar todo lo que ha sido capaz de aprender e interpretar, nuevamente estamos ante una oportunidad perdida.

Pues bien, esta situación, que parece irónica y exagerada, es otro de los problemas que explica la pérdida de prestigio de una profesión que, desde luego, si tenemos en cuenta las habilidades que en ocasiones de manera autodidacta deben adquirir los que se atreven a ejercerla desde la calidad, las condiciones en las que la ejercen, y sobre todo la trascendencia social que puede llegar a tener la función que realizan, hasta la fecha no ha sido valorada como merece. Y como consecuencia de esta infravaloración, los profesionales vinculados al turismo no la contemplan sino como última salida a la hora de elegir su orientación, especialización o formación complementaria, y a pesar del interés que a lo largo de la carrera hayan podido despertar las asignaturas, proyectos, visitas y práctica relacionadas con el patrimonio y con la interpretación (pocas, pero muy bien aceptadas), la palabra "guía" produce a muchos un cierto rechazo. Y lo más triste, es que la causa de ese rechazo reside en que consideran la profesión de guía



turístico por debajo de su cualificación. Y he aquí otro de los problemas a superar, quizá el más decisivo y sobre todo uno de los grandes retos que se nos plantean a los docentes y a los que de manera directa o indirecta nos movemos en el ámbito del turismo y de la gestión y difusión del patrimonio. Nosotros somos conscientes o deberíamos serlo, de que divulgar, transmitir y generar interés por el conocimiento es una tarea difícil y que nuestro trabajo implica una gran responsabilidad por la trascendencia que puede llegar a tener en la sociedad. Divulgar el patrimonio, hacerlo accesible al gran público, hacer de mediador entre los recursos culturales de un lugar y las personas que se acercan a ellos, turistas o anfitriones, es una labor no menos difícil, de igual trascendencia, y por ello debería ser igualmente valorada. De la formación de estos profesionales depende en gran medida su posterior reconocimiento por parte de la sociedad y del mercado laboral, pero no olvidemos que en dicha formación somos los docentes y las universidades lo que tenemos la última palabra.

La interpretación del patrimonio se va reconociendo progresivamente como una disciplina, un instrumento para la gestión y difusión cultural que dota a los que en ella se forman de habilidades que les permiten participar de manera activa en la cadena turística y compatibilizar su interés o vocación por el patrimonio con una de las actividades que hoy por hoy está en disposición de generar más puestos de trabajo. Y quizá un plan de estudios que reconociera estas habilidades, acreditara a sus profesionales y contribuyera con ello a profesionalizar esta disciplina podría ser una propuesta oportuna. El papel que pueden desempeñar estos intérpretes es, en mi opinión, de tal trascendencia para el desarrollo del turismo cultural, para la puesta en valor de recursos culturales y su conversión en productos turísticos y para la difusión de la cultura y el patrimonio, que merecen el reconocimiento académico y una adecuada formación. Me resisto a pensar que sea una simple cuestión de terminología, pero es cierto que quizá el referirnos al guía como intérprete, cuando su formación y cualificación nos permita hacerlo, podemos contribuir a que de manera inconsciente se le dé un mayor reconocimiento a esta profesión. Los maestros pasaron un día a ser profesores (aunque a mí la palabra maestro me sigue pareciendo una de las más entrañables del diccionario), y quizá los guías pasen a ser intérpretes para despojar al término que hasta ahora se ha utilizado del matiz que lo vincula a acciones como “acompañar”, “orientar”, “informar” o, en el peor de los casos, “solucionar problemas”. Pero interpretar es complicado, requiere, como decíamos vocación y formación, puede tener una trascendencia directa sobre una actividad de gran repercusión social y económica como es el turismo, y es precisamente en estos puntos donde puede estar la solución del problema. La formación cualifica a los profesionales y la cualificación dignifica y prestigia una profesión. Por tanto, el problema, de momento, está en nuestras manos.

## **La interpretación como medio de preservar la identidad urbana. Un ejemplo de ciudad transfigurada**

Aunque son muchas las cuestiones por resolver en torno al presente y futuro del turismo cultural en mi ciudad, Valencia, no era mi intención extenderme en este punto porque he creído más oportuno, dado el carácter nacional del presente congreso, ofrecer, tanto en la evaluación de la situación como en las propuestas, una visión más general y no centrada exclusivamente en lo local. Pero no podía terminar sin referirme brevemente a esta ciudad porque algunos de los problemas, de las situaciones ficticias, de los cantos de sirena que en ella se escuchan últimamente, creo que coinciden con los de muchos otros destinos turísticos destacados que todavía esperan que alguien apueste, porque recursos no les faltan, por un auténtico turismo cultural. Un turismo que consista en rescatar y difundir la cultura local y no en reinventarla.

En los últimos tiempos se insiste, casi vociferando, desde los discursos políticos y desde los medios de comunicación, en el progresivo posicionamiento de Valencia como destino turístico. Los datos parecen confirmarlo<sup>8</sup>, pues las cifras de viajeros y pernoctaciones van en progresivo aumento, la ocupación se mantiene de manera más o menos equilibrada a lo largo de todo el año, con lo cual poco a poco nos acercamos a la deseada desestacionalización, y la oferta hotelera ha crecido considerablemente. Las cifras también nos informan de que el turismo valenciano es fundamentalmente de negocios, ferias y congresos, y hacia ese turismo y el de ocio, sol y playa se está dirigiendo de manera evidente su promoción a nivel nacional e internacional. Y es que Valencia ha cambiado de imagen, casi de identidad, para posicionarse dentro del turismo urbano, y, como certeramente señala Pau Rausell<sup>9</sup>, para ese despegue ha partido de nuevas infraestructuras que han contribuido a configurar esa nueva imagen y que en ocasiones se han proyectado y creado con la intención de conseguir nominaciones para eventos internacionales, como la célebre Copa América, que, de aquí al 2007, parece que va a convertirse en la panacea y la solución a todos los problemas. Esperemos que no sea, ésta también, una oportunidad perdida.

Valencia, pues, ha apostado por un tipo de turismo, y en función de éste ha proyectado su imagen, una imagen moderna, la “Valencia del tercer milenio”, cuyo grandioso icono es sin duda la Ciudad de las Artes y las Ciencias, un espacio todavía en construcción que ya ha disparado las cifras, las inversiones, y ha sido utilizada como elemento emblemático en la promoción de la ciudad. Sin entrar en valoraciones acerca de éste “Síndrome de la Ciudad de las Ciencias” que vive en la actualidad el turismo valenciano y que afecta por razones obvias a cualquier planteamiento o proyecto cultural, lo que me parece cuestionable, y creo que es una situación que puede extrapolarse a otros destinos turísticos, y por eso me

---

<sup>8</sup> El número de visitantes a la ciudad de Valencia ha pasado de 815.493 en 2000 a 1.074.903 en 2003, las pernoctaciones de 1.557.819 en 2000 a 2.092.491 en 2003. Y el número de plazas en establecimientos hoteleros del área metropolitana ha pasado de 1540 en 2000 a 3275 en 2003

<sup>9</sup> Rausell Koster, Pau (2004), “Valencia, la cultura en la definición del destino turístico”, en *Cuadernos de gestión y dirección de hoteles y restaurantes*, nº 16, p. 29.

permite plantearla, es que la existencia de un producto estrella contribuya, no a mejorar y modernizar la imagen de una ciudad, o a atraer el turismo y con ello favorecer otros recursos, sino a disfrazar y casi ocultar su identidad, la que hasta fechas recientes se configuraba en torno al patrimonio cultural valenciano<sup>10</sup>.

Como muestra del contraste entre la situación aparente y real del turismo cultural en general, y del valenciano en particular, baste analizar algunos de los titulares de un artículo publicado en la prensa local justo en las fechas en las que me encuentro preparando este trabajo<sup>11</sup>. El titular del artículo señala que “El medio millón de visitantes de l’Oceanogràfic dispara el turismo”, y el subtítular destaca que “la ciudad recibe más de un millón de viajeros en 2003 y registra 484.000 pernoctaciones durante los cinco primeros meses de este año”, y sigue destacando en negrita que “L’Oceanogràfic, el último fichaje de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, complementa la oferta de ocio del complejo y ha conseguido impulsar el turismo cultural en la ciudad”. Esta última frase sería esperanzadora si realmente quisiera decir lo que a mí en un primer momento me había parecido entender: que el atractivo turístico de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, concretamente de L’Oceanogràfic, había conseguido aumentar el interés y, por tanto, el número de visitantes a los recursos y productos culturales de la ciudad de Valencia. Pero no es eso lo que nos dicen las cifras de visitantes a estos lugares, que, no han aumentado de manera significativa. El perfil del turista que llega a la ciudad de Valencia no se corresponde con el perfil del turista cultural, ya que, como hemos señalado, es el derivado de un turismo fundamentalmente de negocios, ferias y congresos y de ocio, sol y playa. Por tanto, tal como hoy están planteados y promocionados los recursos y productos culturales, es difícil que se conviertan en el complemento de su visita, que, en el mejor de los casos, incluirá un acelerado recorrido por los alrededores de la Catedral.

De todo lo anterior se deduce que para lograr ese deseado reposicionamiento de la ciudad como destino turístico cultural, es preciso superar esa tendencia al conformismo, a la explotación del tipo de turismo más rentable económicamente, y apostar por un turismo más sostenible, de mayor rentabilidad social que ayude a difundir la cultura y sobre todo a recuperar y dar a conocer la identidad y el patrimonio cultural valenciano. Y con ello no invito a cruzarse de brazos hasta que cambie la situación y mientras tanto adoptar una actitud crítica, pero carente de propuestas. Tenemos visitantes, y parece que la tendencia va en aumento, pero estos visitantes no están lo suficientemente motivados culturalmente como para esperar que el hecho de poseer recursos y productos culturales importantes, e incluso de informarles sobre su existencia, garantice su consumo. Las estadísticas nos dicen que los productos consumidos, primarios o complementarios dependiendo del tipo de turismo, están más vinculados con el ocio, y que a medida que las cifras de visitantes de estos productos aumentan, sobre todo la Ciudad de

---

<sup>10</sup> Un interesante análisis de esta situación podemos encontrarlo en Monfort, V.M. (2002), “Turismo cultural: la experiencia en Valencia capital”, en *I Congreso Internacional de Turismo Cultural*, Salamanca.

<sup>11</sup> *Las Provincias*, 27-06-2004.

las Artes y las Ciencias, descienden lamentablemente aquellas referidas a recursos y productos culturales de primer orden que deberían convertirse en referentes y emblemas de la ciudad, como ocurre en otros lugares con menos oportunidades que han apostado por el turismo cultural. Y ¿acaso no es la interpretación la herramienta que permite compatibilizar la cultura con el tiempo de ocio?

Las ideas y reflexiones expresadas en este artículo, compartidas por un número cada vez mayor de especialistas en turismo y patrimonio, han tratado de demostrar la validez de esta disciplina a la hora de acercar la cultura al público, incluso al público que a priori no está especialmente interesado por los productos culturales. Y ahí podría residir la clave a la hora de potenciar los ricos y variados recursos culturales de una ciudad como Valencia, como tantas otras en las que el turismo llega por otras vías que no son las del reclamo cultural, y piensa que no necesita por ello explotar dichos recursos. La ciudad tiene mucho que ofrecer, un patrimonio en el que se esconden cientos de historias por revelar, de itinerarios por descubrir, de huellas romanas, judías, árabes y cristianas que podrían llevar a un viaje fascinante por nuestra tradición, que podría empezar, por qué no, en los alrededores de la Catedral y que culminaría en nuestra modernidad, en ese punto en el que hoy parece que empieza y termina nuestra historia. No se trata de reinventarla, sino de reconstruirla, de buscar los temas comunes de los que nos hablan los recursos, y mediante una adecuada y planificada interpretación convertirla en un recorrido ameno, atractivo, que, sin dejar de ser riguroso, permitiera al visitante disfrutar de una experiencia diferente y perfectamente compatible con su tiempo de ocio, lo que venimos apuntando a lo largo de todo el artículo como elemento diferenciador de la interpretación.

Sin obviar las oportunidades que se nos presentan ni las tendencias de la demanda para no plantear proyectos sin futuro, planteemos proyectos desde la sostenibilidad, que incidan en la conservación y difusión del patrimonio, que a la larga puedan reconducir la demanda y con ello el nivel cultural de los ciudadanos y su interés por el patrimonio. Sólo se ama, respeta y protege lo que se conoce, y ese velo que el ciudadano percibe, esa nebulosa que le impide acercarse a la cultura y disfrutarla, desaparecerá cuando una de las más eficaces herramientas para la gestión y difusión del patrimonio, la interpretación, revele lo que hasta el momento eran significados ocultos y genere, propiciando una experiencia satisfactoria, una acción positiva hacia la cultura y el aprendizaje. Aprender puede ser divertido, pero divulgar puede ser complicado. Dejemos la erudición para otros ámbitos, y perdamos el miedo a enseñar todo lo que sabemos.